

## LA ADELFA

En el jardín de mi casa había una adelfa. Era alta, frondosa y con unas flores oscuras, de un rosa intenso, casi de color granate. Sus hojas eran pequeñas puntas de lanza de un verde oscuro, afiladas cuchillas a las que mi mente infantil otorgaba poderes malignos fruto del miedo que cada día mi madre me inculcaba con la intención de doblegar mi costumbre de llevármelo todo a la boca: “*Ten mucho cuidado, las adelfas son venenosas*”

Yo miraba esa planta inmensa que me doblaba en altura y sentía la atracción irremediable de lo prohibido, el inmenso deseo de meterme entre sus ramas y esperar allí, abrazado a su tronco, la muerte por intoxicación.

La ventana de la cocina, bajo la que se encontraba el fregadero, daba a la parte trasera de la casa, junto a la puerta de entrada secundaria y desde allí, mientras fregaba los platos, mi madre podía mirar la adelfa. Así que cuando yo, pequeño e insolente, con los dedos índice y pulgar en forma de pinza, me acercaba tembloroso a la planta para tocar una de sus hojas e imaginar los terribles estertores de una sustancia prohibida que me llevarían sin duda al médico, oía a mi madre chistar muy fuerte, y parándome en seco, me giraba y la veía asomada a la ventana, con los guantes de goma llenos de espuma y los ojos muy, muy abiertos. Entonces yo caminaba hacia el lado contrario a la adelfa y me iba a buscar a Berta.

Berta era la gata de nuestros vecinos. Negra, suave y larguísima. Siempre venía a nuestra casa, se colaba por la alambrada del jardín y se pasaba el día entero con nosotros. Yo a veces la cogía en brazos y ella se dejaba transportar de un lado a otro sin mostrar la mínima molestia. La agarraba por debajo de sus patas delanteras, como me había enseñado mi madre para no hacerle daño, y ella se relajaba alargando mucho sus patas traseras, tanto que era casi igual de alta que yo. Era muy cómico vernos entrar en casa, sólo se veía una gata negra que parecía flotar en el aire a dos patas, mientras detrás iba yo arrastrando los pies, porque entonces a mí me parecía que Berta pesaba una tonelada. Todavía tengo una foto en blanco y negro, pequeña con los bordes troquelados en los que se ve un gato negro y detrás se adivina la silueta de un niño, mi silueta

“*Deja a la gata un poco tranquila*” decía mi madre y yo, con mi lengua de trapo, le hacía comprender que tenía que salvarla de la adelfa, que no podía permitir que se acercara a ella y sufriera un ataque vegetal mortífero.

Berta ronroneaba aterciopeladamente y eso a mí me producía el inmenso placer de saberla agradecida por ser salvada de un mal terrible.

Como no tenía hermanos ni hermanas mis días pasaban plácidos e incluso lánguidos a veces, en presencia de mi madre y de Berta. Mi padre llegaba siempre muy tarde del trabajo y raras veces me veía levantado. Nunca fui un niño muy vital, me gustaba pintar con mis ceras de colores y tenía mil y un retratos de la gata y también de la adelfa. Mi madre hacía punto y escuchaba la radio. Siempre tenía frío y pasaba las tardes enteras sentada junto al radiador, envuelta en una bata de pirineo color celeste con las mangas a cuadros, así que cuando quería saber que hora era, sobre todo en invierno que anochece tan pronto, me mandaba ir a la cocina y mirar el reloj que colgaba allí de la pared. Como no me sabía los números, me mandaba poner los brazos como las agujas, yo levantaba un brazo y lo colocaba según el ángulo que veía en la esfera y luego el otro.

“*Ahora ven sin moverlos...*”

Y yo iba por el pasillo intentando no mover ni un milímetro el ángulo conseguido en cada brazo, rozando con las yemas de los dedos las paredes, apretando los labios en un esfuerzo titánico para realizar muy, muy bien esa misión que me encomendaba mi madre y a la que yo le otorgaba una importancia inmensa, pues de esto dependía que ella calculara la hora exacta a la que tenía que ponerse a preparar la cena.

Cuando llegaba al comedor, donde continuaba sentada, me decía “*Date la vuelta despacio... ¡ah! Ya son las siete y media*”

Y así se aparecía la magia, era increíble que sin saber en que número estaban las manecillas del reloj, mi madre podía descifrar la hora sin moverse, y todo gracias a mí. Me sentía inmensamente orgulloso.

Cuando aprendí los números, ya podía decir en que número estaba la aguja grande y en cuál la

pequeña, porque por entonces tampoco sabía descifrar la hora, y así mi madre seguía sin levantarse para mirar el reloj. Yo seguía siendo el artífice de ese momento mágico.

Pasado un tiempo, no recuerdo cuándo, mi madre me enseñó a leer y a escribir. Entonces ya no dibujaba a Berta con mis ceras de colores, porque para mi la gata no era solamente negra, había retratos de ella en azul, verde, amarillo incluso a rayas de tonos distintos. A partir de aquel momento sólo escribía con letras enormes frases de amor platónico, infantil e intenso a mi madre, con una mezcla de mayúsculas y minúsculas, flores, corazones y soles inmensos con miles de rayos, ojos y boca.

Llegó la Navidad, había que escribir la carta a los Reyes Magos. Mi madre seguía teniendo mucho frío y yo me acercaba al radiador junto a ella y en una mesa pequeña, sentado en una silla también muy pequeña escribía borradores de la carta con los regalos que quería recibir el seis de enero, más magia ese día, el preferido de mi madre.

Por fin, hice una carta en limpio, perfecta, con dibujos de los juguetes deseados, con retratos de mi padre, mi madre y Berta, también dibujé, no podía ser de otro modo, la adelfa; un mapa para llegar desde el autobús a nuestra casa, un montón de corazones y estrellas y tres coronas para cada uno de los reyes: Melchor, Gaspar y Baltasar.

*“No se nos puede olvidar echar la carta”* decía mi madre.

Pero el 21 de diciembre vino mi abuela. Mi padre me dijo que se quedaría en casa para cuidarme, no solía venir mucho, vivía lejos y aunque hablaban con ella por teléfono casi todos los días, sólo la veía el día de mi cumpleaños, Nochebuena y Navidad. Se acercó a mi y me besó muy, muy fuerte, casi haciéndome daño.

Al día siguiente, muy temprano, mi madre entró en mi habitación, llevaba puesto el abrigo y parecía que había llorado. Caminaba muy despacio, encorvada, como cuando tenía frío. Me dio un beso, luego otro y otro más. Entró mi padre, le pasó un brazo por los hombros y la llevó suavemente hacia la puerta. Llevaba una bolsa pequeña de viaje. Antes de marcharse se volvió y me dijo: *“No te olvides de echar la carta”*

Esa fue la última vez que la vi.

Han pasado muchos años desde entonces. He viajado y vivido en países distintos. He buscado en las medianas de las carreteras la planta venenosa de mi infancia. He tenido muchos gatos que han pasado por mi vida dejándome el poso amargo de los amigos que no te sobreviven, pero siempre, que por azar fueron hembras, se llamaron Berta.

Conservo pocas cosas de mi época de niño, aunque siempre llevo conmigo la carta a los Reyes Magos que nunca llegué a enviar, para poder seguir escuchando, clara y serena, la voz de mi madre diciéndome: *“No te olvides de echar la carta”*.

**Lüisa Atienza**